

Presentación



Aún más de lo que los defensores del indigenismo conceden, la cosmovisión prehispánica afecta, influye y en ocasiones le otorga sentido a muchos aspectos, elementos y obras de nuestra cultura mestiza. A veces nos sorprendemos del profundo arraigo que lo prehispánico posee en nuestras vidas y hábitos, sobre todo cuando descubrimos que, no obstante el caudal de razonamientos dirigidos y aceptados en este sentido, su presencia colinda con lo inesperado o lo incomprensible: el síndrome social del tianguis, la imposibilidad de contemplar otra cosa que la imagen de una mujer dormida (Iztaccíhuatl), el excepcional rechazo de la tecnología, la ritualización de los espectáculos y los deportes, la veneración de los vestigios y monumentos, etcétera. Podríamos agregar inclinaciones más creativas y recreativas como la utilización de sonidos y palabras, el hablar cantadito, la introspección y la solemnidad de lo público, la tendencia a sobrevalorar y tolerar figuras públicas, la sobreutilización de lo subjetivo y lo simbólico, etcétera. Pero lo que representan todos los fenómenos semejantes a los esquemáticamente enumerados sólo es posible de ser dilucido lentamente, en la medida en que los pensadores, los estudiosos, los investigadores, intelectuales, artistas y dirigentes nos expliquen con claridad y objetividad en dónde radican las fuerzas todavía actuantes de esos a veces misteriosos, a veces luminosos —siempre importantes para el mexicano— componentes y raíces de origen prehispánico que de pronto —sí, inesperadamente— se hacen presentes y patentes, levantan el vuelo, se posan en las artes, las obras, los espacios, los acontecimientos...◆